

que cambian las circunstancias con un hecho y en un momento, moviendo los ánimos y arrastrando los corazones, Barnave abrió la portezuela, y se lanzó hacia las alteradas muchedumbres, como el domador á las rugientes amotinadas fieras. Bajo, menudo, pálido, de aspecto dulce, de complexión débil, creció como un gigante, y semejóse á un Hércules cuando la electricidad nerviosa, producida por sus emociones, dió altitud grande á su estatura y á sus músculos tensión, que le valieron para imponerse con soberano esfuerzo á la multitud y evitar un crimen. El impulso motor de aquel acto heróico tuvo tanta intensidad, que Barnave se hubiera caído desde la berlina en el oleje agitado formado por los remolinos de las gentes encrespadas, si la princesa Isabel no coge los faldones del frac, y no lo retiene con sus blancas manos en el estribo. «Franceses, pueblo de valientes, gritó con voz tonante y con fulminantísima mirada Barnave, ¿queréis trocaros en pueblo de asesinos?» El pueblo, á este justo rasgo, serenó su ánimo con docilidad suma, y el sacerdote recobró la vida, puesta en trance de muerte. Aquí también los Reyes hicieron en su viaje noche, y encontraron algún reposo. El Rey no había podido mudarse, por el extravío de sus equipajes, y tuvo que pedir camisa limpia prestada nada menos que á un alguacil de juzgado. En Meaux hablaron á solas y á sus anchas los Reyes con Barnave. El tribuno quiso persuadir los regios ánimos al culto y religión de la libertad; los Reyes quisieron persuadir el ánimo tribunicio al culto y religión de la monarquía. Para Barnave no era cosa de gran momento convertirse desde tribuno del pueblo, cuando era éste débil, á servidor del Monarca, cuando la debilidad estaba ya por modo irremediable y definitivo en la Monarquía. Ante aquella enorme desgracia, conmovido y adolorado por lo enorme de la caída, si cualquier asomo de remordimiento le reveló algún escrúpulo de culpa, conjurólo con la consideración de haber estado entre los vencidos y combatiendo á los poderosos, ya fueran estos poderosos el Rey ó el pueblo. Además, no había ido á los Estados Generales orador ninguno de marca y nota, sin excluir al mismo Robespierre, que soñase con realizar la República, aun teniéndola entre sus creencias en lo más sagrado de su pensamiento; no había ninguno capaz de contradecir una Constitución hecha por el Cuerpo deliberante á que pertenecían; por lo cual no debe maravillarnos si Barnave pensaba en pactos entre pueblo Rey, aunque viera cautivo al Rey del pueblo sublevado.

Pétion estaba en otra corriente. Había pasado el convenio con los Reyes á la protesta contra los Reyes. Veía claro con sus cálculos políticos aquello que á Barnave le ocultaban las generosidades exaltadas de su corazón, á un mismo tiempo tierno como el corazón de una mujer, y valeroso como el corazón de un héroe, tentándole siempre lo imposible, la Monarquía ó la República, cuando una ú otra estaban en riña completa con la realidad, por no hecha todavía en los ánimos la una y por desecha la otra. Pétion presagiaba el paso de la soberanía pública desde los representantes del principio tradicional á los representantes del principio popular, y se daba con los soberanos viejos y moribundos aires

petulantes de soberano juvenil, recién erigido en una sede, que creía él fija y eterna, cuando la removía y la destrozaba, como al trono mismo, la revolución. Abogadillo de provincias trasladado por voto popular al Congreso Constituyente, decretando leyes á su pueblo, poniendo ministros en el Estado, creyó faltar á su deber, si no colocaba en su fortuito encuentro con los Monarcas, la soberanía del pueblo, representada por él sobre la soberanía del trono representada por Luis XVI. El orgullo de advenedizo le gastó la piedad de hombre; y no sintió emoción alguna delante del mayor de los infortunios. Aun se concibe que se las mantuviese tías al Rey, creyendo representar un poder contrario al poder real. Pero se necesita no tener entrañas para eruirse frío y estoico ante la infancia del pobre Delfín, la inocencia de su hermana Teresa, la piedad y virtud de su tía Isabel, la humillación de su madre Antonieta. ¿No tenía mujer é hijos aquel hombre? ¿Y no pensaba que hay un fondo común humano, por el cual padecemos con todos cuantos padecen, y lloramos con todos los que lloran, ya sean Reyes, ó ya sean perdidosos? Casualmente la igualdad democrática se basa en este común fondo humano. El odio á los principios no empece al respeto de las personas. El sentimiento de tolerancia religiosa está fundado en amar al infiel como á un hermano, aunque se odien sus creencias como abominaciones. Hay que apartarse de la religión del samaritano, dicen los Evangelios, y proteger su persona. Pétion demostró más odio á las personas de los Reyes que á los principios por los Reyes representados. Y contradijo la pésima etiqueta cortesana con otra pésima educación personal. Sentábase á sus anchas sin pensar si molestaba ó no. Dormíase y daba cabezadas sobre los hombros de sus regios compañeros. Trataba como á un chiquillo de la calle al heredero de la corona. Dirigía preguntas soeces á la Reina y disputaba sin reverencia ninguna con el Rey. Comía siempre que se le antojaba, tirando los huesos de las aves por cualquier ventanilla con riesgo de que cayeran sobre las regias caras. Hacía que manos majestáticas le sirvieran el vino. Y cuando le habían escanciado lo bastante, no daba las gracias con atención, como cumple á un caballero; levantaba con brusquedad la copa sin decir una sola palabra. Pero lo más terrible del caso fué llegar á creerse requerido y solicitado de amores nada menos que por la princesa Isabel. Era ésta una mujer en quien tenían poco imperio los instintos sexuales, permaneciendo soltera y casta entre los ejemplos de la corte, como una especie de virgen vestal, consagrada por completo al culto del fuego sacro familiar, guardado en cada corazón de los suyos. Véanse muchísimos ejemplos de solteras tales en todas las casas y forman como especie aparte, sin propensiones á la maternidad y al amor, prefiriendo la familia heredada de lo pasado á la familia en el matrimonio adquirida. Pues á esta frialdad natural de su temperamento físico y á esta compleción psíquica de su naturaleza moral, juntaba Isabel una virtud y una piedad cristianas preservativas de toda sensualidad. Y á esta virtud cristiana juntaba también el orgullo de la herencia, el orgullo de la dinastía, el orgullo de la dignidad, el orgullo de

la sangre, que le sugerían verdadera indiferencia irremediable ante los plebeyos, tan separados de ella por el nombre y por la cuna, como de nuestras cunas las madrigueras de los animales ó especies inferiores. ¡Parece imposible! Las miradas benévolas y las sonrisas dulces y los gestos atractivos y los proceder finos de la casta princesa, tomolos Pétion por solicitudes varias de cualquier hembra vulgar á un macho, hallado en las vías de su vida. No podríamos creerlo de ninguna manera, si así no lo viéramos en las memorias del representante, donde refiere tal increíble alucinación: «Madame Isabel, dice, fijaba en mí unas miradas muy tiernas, con ese aire de languidez, que presta la desgracia y que despierta un vivo afecto. El disco de la blanca luna esparcía una especie de resplandor amoroso. Y á este resplandor nuestros ojos se requerían mutuamente por una grande atracción y se hallaban unidos en una común inteligencia. Isabel cogió á su real sobrina y puso una mitad del cuerpo de ésta en su propia rodilla y otra mitad en la rodilla mía. Dormíose la infanta. Yo alargué un brazo, Isabel alargó el suyo, y se rozaron los dos. Sus ojos me parecían más provocadores, su actitud más abandonada, y la tristeza melancólica de su rostro aumentaba la voluptuosidad de sus miradas. Puedo quizás engañarme; confúndese fácilmente la sensibilidad del dolor con la sensibilidad del placer; mas creo firmemente que, de habernos hallado sin testigos, si por arte de magia todos los circunstancias desaparecen, si nos quedamos los dos solos, hubiera la princesa caído en mis brazos á abandonádose á los impulsos de la naturaleza». Imposible imaginárselo de no leerlo.

Desde Meaux no quedaba sino un solo día de viaje á París. Doce horas estuvieron los cautivos y sus guardianes encerrados en la berlina, bajo cielo ardiendo, sobre carreteras hechas de muchedumbres airadas; en los aires nubes de polvo, que lo abrasaban todo; y en las almas nubes de injurias caídas sobre ellos, como granizadas de plomo candente. Así había pasado la noche más hermosa del año, la verbena de San Juan, celebrada desde los pueblos orientales hasta nuestros pueblos, con enramadas de rosas y claveles, con serenatas de regocijos y amores, con vocaciones y conjuros mostrando el parentesco entre nuestras almas y los astros, con hogueras encendidas para celebrar el eterno movimiento, creador de la luz primera, y sustentador del fuego universal, á quienes, á su vez, crea y sustenta el Sér de los seres. La noche de veinticuatro en Meaux, Pétion, más fanático que malo, propuso el envío de los tres guardias reunidos en el pescante á cualquier sitio, disfrazados, para que salvaran sus vidas, amenazadas con seguridad al ingreso en París. Aceptó la oferta el Monarca, y conjuró á los guardias para que se partiesen, diciéndoles no podían afianzar vidas ajenas los Reyes, cuando apenas contaban ya con la vida propia. Los guardias se arrojaron á los pies de su señor llorando y diciéndole cómo el riesgo corrido por todos les impedía dejarle, deseosos de morir con él, pues habían jurado morir por él. María Antonieta, siempre combatiente, y como todos los combatientes, confiada en el triunfo siempre, inscribió los nombres de aquellos mártires sobre las hojas de sus